

## Memorias de Honey

### Por "Flor de Lluvia"

JULIO - 1998

Mi madre fue una perra de raza. Constantemente tenía cachorros para satisfacer la avaricia de su amo. Aunque la alimentaba mal, siempre le fue fiel y cumplida.

Nací una fría madrugada en un sucio y maloliente corral. Fui la primera de una camada de cuatro y todo transcurría ordinariamente hasta el día en que entró un cliente para comprarme. Era un hombre alto y robusto que llevaba una pequeña de la mano. Llegó al corral donde mis hermanos y yo correteábamos, jugando.

—Elige el que más te guste —propuso, y la niña de ojos claros me tomó en sus brazos. —Mira papi, éste me gusta.

Nuestro dueño le aclaró: —Es una hembra, por eso es más barata.

—Sí papi. Sí la quiero; la quiero, —exclamó la niña.

Después de pagar, me llevaron en brazos hasta un auto que esperaba afuera, sacándome del lugar en que nací para llevarme a otro, en busca de mi nueva vida.

Por el camino me enteré que yo era el regalo de cumpleaños de la mamá de la niña. La idea no me gustó, porque ya mi madre me había advertido que los niños nos trataban mejor, y al saber que mi nueva dueña era adulta, el temor se hizo más grande en mí.

Por fin llegamos a una casa pequeña con un jardín al frente. Cruzando la puerta, la niña me soltó y corrí asustada porque daba gritos llamando a su madre.

Mi carrera fue detenida por unos brazos tibios que me apretaron con emoción. La mujer se acercó y ellos dijeron al mismo tiempo:

—Feliz cumpleaños.

—Qué perrito tan lindo ¿cómo se llama? —El hombre, que se llamaba Carlos, le contestó:

—Es una hembra y el nombre se lo vas a poner tú.

—Tiene un lindo color miel. La llamaremos Honey; pero primero la baño.

Después me enteré que mi dueña se llamaba Lolita.

Así fue como me integré a mi nuevo hogar, en donde me dieron gran cariño.

En la que ahora era mi casa, las cosas se veían bien. Carlos, Lolita y Karen me aceptaron fácilmente, desde el primer día me dieron una canasta con una cobija gruesa, para que fuera mi cama. Agua fresca y una combinación de croquetas y caldo. La primera Navidad que pasamos juntos yo me sentía feliz. Me trataban como un bebé, me bañaban a diario y un veterinario se encargaba de mantenerme sana. ¡Qué más podía pedir! Mi miedo se convirtió en confianza por mi buena suerte. Al amanecer Navidad, recibí como regalo un succulento filete.

Los primeros meses del año fueron normales, pero al llegar marzo, sólo la pequeña Karen se ocupaba de mí. No supe qué hice mal. Ya había aprendido cómo portarme. Entonces, qué estaba pasando.

A los pocos días tuve la respuesta: llegaba a la casa un bebé; una pequeñita que llevaría por nombre Paloma.

Desde que llegó Paloma a la casa mi tristeza desapareció, porque comprendí que no estaban enojados conmigo, sino que las molestias naturales de tener una recién nacida hicieron que mi ama dejara de atenderme; pero no de quererme. Al contrario, me cargaba en brazos para que pudiera ver a la niña. Yo, emocionada, movía enérgicamente la cola para demostrarle que me agradaba ese pequeño bultito que dormía en la cama. Desde ese día se le agregó a mi dieta una leche dulce que a mí me encantaba.

El día del bautizo de Paloma hubo fiesta en casa, mucha comida, música y mucha bebida. Yo me quedé sorprendida al ver a Carlos moviéndose muy raro. Parecía que se iba a caer. Cuando se fueron los invitados y Carlos regresó con nosotras, venía con una mueca de furia en la cara, los ojos inyectados y le habló a Lolita a gritos.

Discutieron un rato y, de pronto, Carlos se fue encima de mi ama golpeándola en la cara. Las niñas rompieron en llanto y yo no sabía qué hacer. Corría de un lado a otro con miedo. Llorando Lolita se refugió en su cuarto llevándonos a las niñas y a mí. Karen preguntó por qué Carlos le había pegado y mi ama la tranquilizó diciendo:

—Disculpa a tu padre, está borracho y no sabe lo que hace, pero mañana las cosas serán diferentes.

Afuera, aún se oían los ronquidos de Carlos que al fin se durmió.

Mi ama se equivocó. Poco a poco las borracheras de Carlos hicieron que nuestra casa llena de luz, se convirtiera en un lugar sombrío.

Paloma fue creciendo y empezó a caminar. Desde luego yo fui su juguete favorito; me jalaba la cola, tiraba de mis orejas, se montaba en mí y hacía que la paseara por toda la casa. Como recompensa me compartía sus dulces y me invitaba a comer de su mismo plato. Con sus manitas metía en mi boca la comida y ella chupaba el sobrante. Pasamos muchas horas juntas, hasta que Lolita descubrió nuestras comidas compartidas. ¡Qué susto pasé! Me nalgueó por vez primera y me exigió, a manera de regaño, que nunca más volviera a comerme la comida de Paloma. Yo lo tomé en serio y no volví a comer de ningún plato que no fuera el mío, aunque extrañaba los ricos bocados que ellos comían.

Todo marchaba bien en casa mientras no apareciera Carlos, quien de ser un hombre bueno y cariñoso, se convirtió en un grosero y malhumorado señor al que nada le agradaba. Únicamente estaba tranquilo mientras tenía una botella en la mano. Mi ama procuraba mantenerse a distancia cuando tomaba, de lo contrario invariablemente la golpeaba.

Yo sufría al verlos porque no podía hacer nada por ella. La única vez que protesté, una patada me lanzó hasta el otro lado de la sala en la que

reboté contra la pared. No me quedaron ganas de meterme en sus pleitos y prudentemente me escondía bajo la cama para evitar otro golpe. Después de la bronca, me acercaba a los pies de Lolita para consolarla. Ella me lo agradecía acariciando mis orejas. No había felicidad más grande para mí que sentir sus manos frotando mi lomo, diciéndome palabras suaves. Había un entendimiento hasta en la mirada entre mi ama y yo... ella dormía, y yo soñaba, ella se apresuraba, y yo tropezaba.

Pero de pronto, aquellos golpes: Carlos y sus borracheras; Carlos y sus palabras amargas. Por qué no soy una perra valiente de dientes agudos para poder morderlo con toda mi rabia.

Tengo ya dos años y algo raro me pasa. Cuando acompaño a Lolita al mercado pasamos por la casa de Greco, un cocker como yo, pero más fuerte. Sin preguntarme cómo, ocupa mi corazón y pensamientos colocando a mi ama en segundo lugar. Ella se ha dado cuenta que la naturaleza se impone y que necesito un compañero. Llevó a Greco a la casa para que yo tuviera cachorros. Me aseguró que cuando nacieran los llevaría con sus hermanas quienes quieren uno de mis cachorritos.

Llegando Greco a la casa, mi vida cambió. Me sentía completa al tener un compañero de mi especie para compartir mis días. Tres meses después, sorprendí a todos cuando di a luz diez cachorros en mi primer parto. Lo normal en otras hembras de mi raza, son cuatro o cinco, y yo rompí la regla con mis diez. Cuando estuvieron grandes, mi ama cumplió con llevárselos a sus hermanas, pero además los repartió entre sus primos y tíos. Total, todos quedaron en familia.

Hay una nueva bebé en casa, es la tercera que tiene mi ama; pero ya no me preocupa que lleguen bebés a la familia, porque a mí ella me quiere igual que siempre. Lo que me duele es la reacción de Carlos por ser otra niña. Él sólo quiere varones y al nacer Nina, encontró el pretexto que buscaba para seguir tomando. No puedo comprenderlo, la bebida que toma tiene un olor desagradable que hiere mi nariz. Además, siempre que toma, se enferma y al otro día no se levanta. Yo en su lugar no bebería eso; es más sana mi agua.

Hoy estuvimos viendo televisión en la sala. Nos sentíamos felices de estar juntos; pero esa felicidad se rompió de manera brusca cuando la puerta se abrió de golpe, entró Carlos. De inmediato corrimos hacia la recámara, pero él de dos grandes zancadas alcanzó a mi ama de los cabellos. Empezó a ofenderla reclamándole que no servía como mujer, que solamente podía tener viejas y las viejas sólo dan problemas.

Lolita empezó a llorar y como si eso hubiera sido una señal de arranque, le soltó el primer golpe. Gritos y llantos; aullidos y gruñidos, todos de la impotencia y el terror.

Mi ama yace en el suelo bañada en sangre; no me habla, no se mueve. Carlos tuvo miedo al verla y huyó. Karen llamó a la abuela y al hospital. Se llevaron a mi ama y la abuela se llevó a las niñas. Greco y yo estamos solos sin saber qué hacer.

Después de varios días regresó mi ama. Corrí a recibirla moviendo mi cola chillando de gusto. Mi amita me acarició y me dijo que no quería dejarme sola. Moví la cola para que supiera que la entendía. No sé por qué los humanos piensan que los animales no entendemos. Pero quiero que sepan, que nosotros, los perros, somos seres que aman y comprenden las cosas, mejor que ellos mismos. Nosotros tenemos instinto y cuando amamos hasta lo hacemos de manera incondicional, sin importarnos si nos dan o no de comer. Defendemos a nuestros amos para bien o para mal.

Los años pasan; las niñas crecen y el terror continúa. ¿Qué clase de adicción padece Lolita que permite que Carlos continúe abusando? ¿Cómo puede convencerla con sus súplicas y juramentos? Otro portazo y de nuevo el miedo entra por la puerta. Ahora se va contra Greco. Lo amarra de las orejas y lo cuelga. De nuevo gritos y llanto. No soporto y le muerdo con furia un pie. Todo da vueltas y salgo despedida con una violenta patada. Mi ama me sujeta y me encierra en su cuarto. Carlos ata unas bolas de aire al cuerpo de Greco y las revienta con un objeto que truena y arroja fuego. Yo le temo al fuego y a esos truenos que me ensordecen. ¡Pobre Greco! está solo. No le queda más que aullar y revolverse desesperado.

Cuando las cosas se calman, mi ama lo desamarra sin hacer ruido y lo esconde en su cuarto. En la sala se quedan los ronquidos repulsivos de Carlos.

Las niñas le piden llorando a mi ama que se vayan con la abuela. Le suplican que no sea egoísta y piense que pueden morir a manos de un borracho. Ellas también temen a Carlos. Lolita no sabe qué hacer. Tiene miedo de abandonarlo y que en represalia les haga daño.

Karen cumplió quince años. Ella ha cambiado también. Fuma a escondidas y toma largos tragos de la botella de Carlos. Luego se va tambaleante con la mirada hacia adentro, a esconderse en su cuarto. Pero no sabe que dos ojos la miran sólo para asegurarse.

Una mano levanta la botella y con paso furioso se dirige hacia el cuarto de Karen. Con una violencia que casi arranca la puerta, se introduce asustando a Karen.

—¿Me puedes explicar esto? —pregunta Carlos señalando su botella casi vacía.

—Papi no te enojés, sólo quiero saber lo que tú sientes, —explica Karen. Obtiene como respuesta un rabioso golpe en plena cara. Al ver lo que pasa, corro buscando a mi ama para traerla, mientras a mi espalda los golpes continúan. Lolita oye los gritos y rápidamente va a ver qué pasa.

—¿Por qué le pegas a la niña?

—Tu querida niña es una alcohólica y además ladrona. Se roba mi vino.

—¡Mira cómo la tienes!, —reclama Lolita.

Lolita abraza a Karen queriéndola proteger. Carlos la acusa de ser ella la responsable, pero mi ama no oye. Sufrimos por ser cobardes. ¿Hasta cuándo va a terminar esta pesadilla?

Carlos no acepta que está enfermo. Asegura que no es alcohólico y que dejará de beber cuando él quiera. Yo sé que miente; nunca cambiará.

—Se acabó. Llevo mucho tiempo buscando la manera de largarme. Estoy harto de ver esperpentos. ¿Qué no te has visto al espejo? Estás

vieja y fea; además, una piedra es más mujer que tú, que sólo sirves para tener viejas. Vales madre. Por eso me voy.

Carlos toma una maleta y mete en ella su ropa. Sale dejando a Lolita inundada en lágrimas. Pasa el día y no nos habla. Tiene la mirada perdida y no para de llorar. Karen y Paloma alarmadas van de prisa a traer a la abuela. Mi ama no deja que me le acerque. Tal vez sea malo que Carlos se haya ido. Parece que ella se va a enfermar. Busca algo en un cajón y va por agua. Cierra la puerta frente a mí sin decir nada. Ojalá no tarden con la abuela.

Cuando llegaron entraron con mi ama y salieron corriendo al teléfono. Lolita está en el suelo. No siento su respiración. La abuela dice cosas que no entiendo. Lo que sí me preocupa es que le oí decir que mi ama se estaba muriendo. Yo sé lo que es la muerte. Es una etapa de nuestra vida que no me gusta, porque al morir deja uno a los que ama. Yo no quiero que mi ama se muera. No me gustaría dejar de verla; además, es mi dueña. No puede dejarme sola.

Todos corren y lloran. Se abre la puerta y entran unos hombres vestidos de blanco y sacan a Lolita en una tabla. La meten en un carro grande que aúlla de forma muy triste y se la llevan. Yo aúllo también y me echo en la puerta por la que desapareció mi ama. Greco me acompaña; las niñas lloran y se abrazan. Sólo queda esperar.

Regresó mi ama a casa. La abuela dice que ahora Carlos ya no va a volver; vamos a estar mejor. Pero Lolita no se levanta de la cama, no quiere comer ni mirar la luz del sol. Parece un remedo absurdo de lo que fue. Hasta que un día entra Nina y con la inocencia de sus nueve años le pregunta:

—Mami, ¿por qué eres tan mala con nosotras?

Con asombro mi ama le contesta con otra pregunta:

—¿Por qué me dices que soy mala, hija?, qué no ves que estoy sufriendo.

—Sí mami, pero nosotras también sufrimos. Además, qué es más importante: un esposo o un papá. Yo creo que un papá. Pero piensa,

mamá, tú perdiste un esposo; mis hermanas y yo perdimos a nuestro papá, ¿también quieres que perdamos a nuestra mamá?... De veras, qué mala eres.

Lolita siente como si de pronto hubiera entrado la luz en su interior y comprende.

—Sí hija, tienes razón. Me estoy portando muy egoísta y sólo pienso en lo que yo siento. Te prometo que todo va a cambiar y que no van a perder a su mamá.

Mi ama cumplió y con el paso de los meses se ve mejor, de nuevo sonrío. Desde que se levantó, juega otra vez conmigo y además el cambio me favoreció, porque ahora duermo con ella en su cama. Me acaricia y se duerme tranquila. Yo velo su sueño por un rato y le agradezco a la vida por haberme dado un hogar, ahora tan diferente de aquel sucio corral donde nací.

Todo lo que tiene vida, algún día muere. Hoy murió Greco. Cruzó la calle solo y un gran camión le cortó la vida. Estoy triste. Él compartió conmigo ocho años de mi vida. Lo voy a extrañar.

Hoy llegó mi ama a casa con un hombre. No me agrada. Las niñas lo reciben con gusto, pero yo no confío.

Con el paso de los días me doy cuenta que estaba equivocada. A Israel no le gusta la bebida y puedo oler en él los buenos sentimientos. Bueno, con lo poco que me queda de olfato; ya estoy vieja, pero todavía tengo instinto. Creo que lo bueno viene hacia la casa. Quiero a Israel, él cuida de verdad a mi ama y todo aquél que la quiere, se gana mi cariño. Estoy segura que se casarán.

Pasan dos años más. Junto a Israel mi ama sigue cariñosa y quiere jugar conmigo. Pero los años me han vuelto torpe y lenta. He perdido el olfato, no oigo muy bien. Se me están cayendo los dientes y las cataratas me han dejado medio ciega; pero soy afortunada. Quince años de mi

vida he contado con un hogar y unos amos que me han dado amor. Ese sentimiento hace mejores nuestras vidas. Me siento orgullosa de haber sido un regalo de cumpleaños. Gracias a esto, conocí a mi ama y a todos los suyos. Lolita, Israel, Karen, Paloma y Nina me aman a pesar de mi vejez y mi más grande deseo es que el tiempo que me queda de vida, lo viva a la espera del día en que me despida de Lolita con amor, dándole las gracias por los años felices que me dio. Y cuando me vaya, quiero que tenga otro perro. Desde luego no será tan inteligente como yo. Quizás tenga mejor vista y olfato, pero nunca la amaré igual. Quiero que ocupe mi cama para que sepa de mí y que mi ama lo acaricie en mi memoria.

Cariñosamente,  
Honey

“Flor de Lluvia”

Centro de Readaptación Femenil  
Puente Grande, Jalisco